

## ¡Piénsatelo! (17)

No me gustan las huelgas. Casi siempre hacen sufrir, en mayor o menor grado, a un montón de personas "inocentes" – vale, en un sentido no existen personas "inocentes" (la única que ha existido jamás fue Jesús de Nazaret), pero, ya me entiendes, personas que no tienen nada que ver con el problema que se supone que ha llevado a la huelga. Es más, muchas veces las personas que sí pueden tener por lo menos algún tipo de responsabilidad de la causa / las causas de cualquier huelga – o sea, el gobierno, los dueños y los directores de las grandes empresas, etc. – son las que menos sufren las consecuencias de las huelgas, porque son las más protegidas; y quienes más sufren suelen ser las personas más vulnerables: la gente más pobre, algunos enfermos y sus seres queridos, etc., o simplemente miles de ciudadanos "normales y corrientes", junto con sus familias.

Si en el contexto de la justicia nunca aceptaríamos la idea de que alguien tuviese que pagar por algún crimen del que fuese totalmente inocente, ¿cómo es posible que a alguien le pueda parecer bien que miles de ciudadanos inocentes, muchos de ellos con bastantes problemas sin los añadidos por una huelga, sean instrumentalizados, en contra de su voluntad, sea por trabajadores, por empresarios o por el gobierno, en una batalla política ajena a ellos?!

Además, la subyacente filosofía detrás de la idea de la huelga es la utilitarista de siempre: "el fin justifica los medios" – o sea, si a través de la medida de presión de la huelga se puede conseguir algún fin justo: precios más justos, salarios más justos, condiciones de trabajo más dignas, etc., no importa la cantidad de sufrimiento causado, ni el número de personas inocentes afectadas – a fin de cuentas, "el fin justifica los medios."

Ahora, dicho lo dicho, reconozco que el derecho a la huelga es, tristemente, necesario. Antes de existir ese derecho, millones de trabajadores eran explotados sin piedad y sin recurso, y si no existiera hoy, seguiría habiendo aun más explotación de la que de hecho hay.

Todo esto debería servir para minar nuestra ciega confianza en la bondad innata del ser humano. Vamos a ver, si el ser humano fuese tan bueno, los que pagan pagarían lo justo y un poco más, los que trabajan trabajarían mejor, agradecidos de poder hacer un trabajo digno por un sueldo digno, los que gobiernan gobernarían con más sensibilidad, sabiduría y justicia, y cualquier problema se solucionaría por medio de un sistema de arbitraje desinteresado, independiente y justo, aceptado sin reservas por todas las partes implicadas. Pero, no, ahí está la huelga, haciendo mucho daño a mucha gente, testigo sin querer a favor del veredicto del Juez divino de que no somos tan buenos y que necesitamos el cambio de corazón que solo Dios, y solo por medio de Jesucristo, nos puede dar.

*Andrés Birch*  
*pastor@iglesiapalma.com*